



Todo comienza cuando un hechicero desprende una isla del continente, porque el rey destruyó su templo.

La isla es salvaje y se encuentra impregnada de furia, lo que hace que quienes crecen en ella sean fuertes, intensos y estén siempre listos para pelear. Las montañas se alzan afiladas al norte, y el negro río se derrama al sur y al oeste, extendiendo sus brazos hacia el este en canales más pequeños que viajan hasta el centro de la isla. La corriente de agua reúne a todos los árboles y las flores, y les proporciona la sangre para crecer salvajes y altos, alimentando sus raíces hasta que penetran en la roca misma. Allí, estas se unen con la piedra, y nuevos manantiales cobran vida.

Las personas construyen santuarios de piedra alrededor de estas aguas de raíz y cavan pozos sagrados en donde bendicirse a sí mismos, a sus rituales de vida y a sus intenciones. Pronto, estos pozos se convierten en los centros de los pueblos y en el corazón de cada fortaleza o castillo, y conectan a los habitantes con la sangre de la isla. Los

señores de cada cuadrante del territorio se reúnen para erigir una catedral en el Bosque Blanco, en donde sus cuatro dominios se besan. Ese es el corazón de la isla.

Con cada generación, un niño de cada uno de los cuatro reinos es ofrecido al salvaje bosque por devoción o sacrificio. Uno de los señores entrega a su primogénito, y ese también es un comienzo: el comienzo de una línea de hechiceros tan fuertes que los otros señores se alzan en unidad y entierran las cenizas de la familia rebelde en arena de aguas saladas.

Pero la magia sobrevive.

A continuación, por siglos la isla se enfurece y brama, toda viento y páramos erosionados, valles de pastizales cubiertos por bosques de robles protectores, las montañas del norte quebradas por rubíes y los peñascos del oeste resplandecientes por el cobre. Hay hierro en las ciénagas del sur también, un mineral crudo que les susurra a quienes pueden escuchar y que, cuando es forjado con magia, nunca se quiebra. Los pozos de raíz corren con fuerza y la delgada tierra es más fértil de lo que debería ser, y entonces la isla prospera, alimentándose de la bendición de las profecías estelares y del torrente de amor de las raíces.



Todo comienza cuando un señor de la isla ve recompensas a sus ambiciones en las estrellas; entonces reúne las fuerzas del hierro y el viento para derrotar a sus rivales, y así los une a todos bajo una corona. Se llama a sí mismo Lear, por el hechicero que formó la isla. En su honor,

eleva una gran fortaleza en el norte, a lo largo de las costas de un lago negro tan profundo que muchos lo llaman *El ombligo de la isla*. Se corona a sí mismo en la noche más larga, el momento más sagrado para la profecía estelar. Le ofrece su sangre y su saliva a las raíces de la isla; su aliento, a las aves y al viento; su semilla, al hierro, y su fe, a las estrellas.



Todo comienza muy lejos de la furiosa isla, un lugar de nombre y aire tan diferentes que uno no puede reconocer que el otro haya nacido de la misma tierra. Allí, una joven mujer le solicita a su abuela una embarcación para navegar más allá de los límites de su imperio, porque está hambrienta por comprender el mundo, por experimentar algo no más ampliamente, sino con mayor profundidad, hasta que esa sola cosa se convierta en un universo entero. Dice que su curiosidad es como arena en una tormenta, que lima los huesos hasta volverlos finos como el cristal. Su abuela accede, a pesar de sospechar que nunca verá de nuevo a esta hija de su sangre.

–Dios volverá a reunirnos –le asegura la joven.

La abuela le responde solo con una antigua oración del desierto:

–No lo olvides: serás aire y serás lluvia, y serás polvo, y serás libre.

Tal vez ese sea también un final.



Todo comienza en el día en que dos corazones luminosos nacen en la isla, uno apenas después del alba, mientras que una luna creciente se eleva; y el otro en el momento en que el sol brilla con mayor intensidad, opacando el resplandor de las estrellas. Sus madres sabían que darían a luz juntas, como las hechiceras y las mejores amigas suelen hacer, y, a pesar de tratarse del último hijo de una y del primero de la otra, eso no se interpone entre ellas. Se recuestan casi juntas, con sus brazos extendidos para tocarse mutuamente el vientre hinchado mientras aprietan los dientes y cuentan historias de lo que podrán ser sus niños.



Todo comienza cuando una reina se baña en una piscina de estrellas.



Todo comienza con nueve palabras de lealtad a una corona, susurradas en la lengua de los árboles: *Come de nuestra flor y bebe de tus raíces.*



Todo comienza al ponerse el sol, la última vez que un rey de Innis Lear ingresa a la catedral en el corazón de la isla. Este Lear nunca fue fiel a las raíces ni prestó especial atención a los pozos o al viento. Es un hombre guiado por las estrellas, por su movimiento y sus formas, por su singular pureza y tenacidad, audaces contra la negra extensión de la noche. Para él, la catedral es redundante; una persona devota de la profecía estelar no necesita de agua de raíz ni de pozos en el corazón de la isla.

Dos extensos corredores de piedra caliza tallada y granito gris azulado se unen en el centro del lugar sagrado, brazos al este y al oeste alineados con el cielo para trazar el curso del sol durante el solsticio de verano, de modo que la Estrella del día se eleva precisamente sobre la aguja oriental; el otro corredor sirve de norte, como la siempre presente estrella Calpurlugh, El ojo del león. En el punto central, donde los corredores se cruzan, un pozo penetra hasta el núcleo mismo de la isla, fresco y mohoso, un camino oscuro desde el vientre de la tierra. No hay techo sobre el edificio porque, ¿cuál sería el propósito de cubrir el cielo?

Cuando llueve, el agua corre por el suelo de piedra y baña los bancos de madera. Limpia los altares y llena los cuencos de cobre, produciendo una sencilla melodía con el solo contacto del agua con el metal. En los días soleados, las sombras acarician las plantas y la poesía y los íconos tallados en los muros que marcan las estaciones y el tiempo del día. Las nubes descienden en la primavera, para acunarse en las más altas torres como ovillos suaves, húmedos y frescos. Nada separa el cielo de la tierra aquí, en el corazón de Innis Lear.

Ahora es de noche, y una pesada luna se inclina sobre la aguja oriental. Otro comienzo, listo para florecer.

El rey camina sobre las suelas de sus delgadas sandalias; su bata bordada cae desde sus hombros. Es mayor, pero no tanto como para lucir tan devastado, su cabello húmedo y desalineado, sus ojos hinchados por la pena. Una túnica desteñida roza sus rodillas, casi del mismo gris pálido que su rostro agrietado y sus largos dedos. Este espectro real se dirige directo hacia el pozo y apoya sus manos sobre las piedras, inhala profundamente su musgo, el olor metálico del agua sangrienta de la tierra. Un escalofrío recorre su espalda y se estremece.

—Ahora —ordena y se aleja.

Siete hombres fuertes avanzan con una pieza redonda y plana de granito. Labrada de una de las enormes piedras que alguna vez señalaron este pozo sagrado, antes de que la catedral fuera erguida a su alrededor. El granito resplandece azulado bajo la luz de la luna. Los sirvientes la hacen rotar y girar con torpeza, tirando de las cuerdas que la sujetan. Caminan lentamente, llevándola por el corredor. Uno de ellos se siente encantado por la misión, a dos no los conmueve la importancia de sus acciones, tres están demasiado preocupados para ser tan indiferentes como quisieran; y el último solo desea, con cada resquicio de su corazón, haber sido lo suficientemente fuerte para levantarse contra el rey, para decirle que ese acto era erróneo e impío.

Los hombres posicionan la piedra y, en un momento de desesperada indecisión, el último sirviente observa temeroso la expresión del rey, con la esperanza de un indulto. Pero el ceño del monarca está fruncido mientras contempla el pozo, como si el propio pozo fuera el culpable de todo. El sirviente eleva su mirada al cielo abierto y se consuela a sí mismo recordándose que su rey no hace nada sin permiso a las estrellas. Y así, eso debía estar destinado a ocurrir. Debía ser.

Las lágrimas resplandecen en las pestañas del rey mientras la

pieza de granito se desliza y el sonido de piedra contra piedra llena el santuario. Con un último tirón de las cuerdas, el Ombligo es eclipsado.

El olor a agua de raíz se desvanece, al igual que el eco que el rey no había notado sino hasta que fue silenciado. Entonces coloca su mano sobre la cubierta de piedra, acaricia su áspera superficie y sonrío con amargura. Con sus dedos, dibuja la forma del árbol de gusanos, una triste y peligrosa constelación.



Todo comienza, también, con una profecía de las estrellas.

Pero se leen tantas profecías en la isla de Lear, que decir esto es tan útil como decir que comienza con cada aliento.